

VI

UNA CONSULTA

VI

UNA CONSULTA

Por aquel tiempo estaba muy de moda el doctor Paulowich, un afamado médico extranjero, notable ginecólogo y hábil y renombrado cirujano.

Ya no sólo en París, en toda Francia se hablaba de las notables operaciones practicadas por él.

Tras mucho vacilar, María fué á verle y después de exigirle y obtener la promesa de que le diría no más que la verdad pura y desnuda, le explicó con entera franqueza lo que sentía, lo que deseaba y lo que esperaba de la ciencia.

—Soy, le dijo, viuda, libre, y relativamente rica; tengo cuarenta años y creo que si quisiera encontraría con quien casarme; pero el hombre á

quien amo está completamente pervertido, y por lo tanto es imposible enlazarme con él.

Hace ya tiempo que tras hondos pesares y amargas decepciones, consagré mi existencia á un alto y noble fin: me propuse fundar en mi patria una Escuela-modelo para educar en ella á los niños que huérfanos ó abandonados, vagaban por las calles careciendo de hogar, de pan y de instrucción.

Aunque parezca extraño, tuve que sostener horribles luchas, contra las ambiciones, intereses y pasiones de los hombres de la política y del clero.

Luché por varios años, durante ellos, las peripecias é incidentes del combate absorbieron mi vida por completo y llegué hasta olvidarme de mí misma y de que era mujer.

Mas hoy que mi obra está casi concluída, hoy que he resuelto delegar la misión que me había impuesto, dejándola en manos de un hijo de mi hermano, un noble joven á quien yo eduqué, hoy que he dejado de vivir para el bien de los demás, hoy que he vuelto á ocuparme de mí misma, he sentido algo malo en mi alma y algo triste y vacío en mi corazón.

Como cuando era joven he vuelto á comprenderme, á sentirme mujer; como cuando era joven suelo desear ardientemente ser esposa y con frecuencia sueño que soy madre.

Veo los niños, los hijos de las otras mujeres, y sufro y siento que quisiera fueran míos.

La vista de un ropón ó de una cuna es ya bastante para hacerme llorar.

Jamás estoy contenta, jamás estoy tranquila, nada me satisface, nada me distrae. Yo comprendo muy bien lo que me pasa, sé que llevo en mí misma, en mi organismo, la entraña ó las entrañas en que residen los instintos femeninos, en que reside el amor maternal.

Sé que siendo mujer es imposible sustraerme á las leyes que rigen y conservan la vida de la especie, al instinto sexual.

Pero sé que sería imposible, sin suprimir un órgano cualquiera, suprimir su función.

He buscado, he estudiado los medios de dejar de sentir y tan sólo he encontrado un remedio seguro: dejar de ser mujer.

Sé que la cirugía tiene recursos para llegar á este fin; pero he encontrado mil contradictorias

opiniones en todos los autores, y resulta que no sé qué elegir.

Entre acabar mi vida tristemente, luchando sin cesar entre el recato, el deseo, el pudor y el deber: y arriesgarla buscando en un *estado neutro* la supresión completa de mi mal; he decidido optar por lo segundo, pues juzgo que es mil veces preferible morir emancipada á vivir sin libertad.

Sé que hay aquí en París muchas señoras que por uno ó por otro motivo, han sufrido operaciones de tal naturaleza, que después de operadas han cesado de ser mujeres y no han vuelto nunca á amar.

¿Cree usted, Doctor, que quedaría en las condiciones de ellas si yo me sometiese á la misma operación?

—¡Ah!, señora, respondió Paulowich, jamás mujer alguna me había hablado como usted. Voy á decirle la verdad pura y desnuda: todo lo que sobre esto pienso de las señoras que solicitan operarse, de los cirujanos que complacientemente las operan y de los infalibles resultados de la operación.

Hace ya mucho tiempo que los médicos operan con más ó menos riesgos y peligro, según sus co-

nocimientos y su habilidad, á señoras gravemente enfermas que absolutamente necesitan para salvar su vida sufrir la operación.

Pero también es cierto, por desgracia, que muchos cirujanos las operan sin que sea necesario, y que lo hacen instigados por el afán de lucro, por cuestiones de ambición ó por mera vanidad.

Hay en París muchas señoras ricas, libres, jóvenes y hermosas que podrían ser esposas muy felices, que deberían ser buenas madres de familia y consagrarse al hogar; pero prefieren arriesgar su vida, á perder su aparente buen nombre, su hermosura que estiman *sobre todo*, y su inmune y completa libertad.

Para esas señoras, la maternidad es una carga muy pesada, que las priva de lucir, de brillar en sociedad, y prefieren vivir sin el afecto de los hijos, envejecerse y aun morir estériles, á dejar de gozar.

Encuentran cirujanos bastante complacientes ó bastante corrompidos que se prestan á todo por subir, y consiguen, ignorando en gran parte los numerosos peligros á que se exponen, hacerse operar.

Como temo que usted busque otro médico, y como después de haberla oído me intereso por usted, quiero hacerle presente que aunque por regla general son los médicos hombres honorables en quienes puede usted confiar, hay numerosas excepciones y hay entre ellos, hombres enteramente desprovistos de conciencia, de los que se debe precaver.

En nuestra profesión, que es juzgada un sacerdocio, existe como en todos los otros sacerdocios, mucho de conveniencia, de comedia, de hipocresía y de falsedad.

He visto á cirujanos distinguidos operar, á pesar de su conciencia, por complacer á un alto compañero, por cobrar muy crecidos honorarios, por adquirir reputación y fama y aun por el simple vicio de operar.

Aunque para una operación, que siempre es grave, se requiere el concurso de varios cirujanos, existe por desgracia entre algunos de los grupos profesionales cierta tácita complicidad, cierta condescendencia que yo encuentro criminal: basta que un cirujano que ha llegado á conquistar una alta posición sostenga que en un caso cualquiera se ne-

cesita operar, para que sus compañeros se sometán y decidan practicar la operación.

Basta que una persona sea rica ó sea notable para que corra el riesgo de sufrir una mutilación innecesaria: he conocido hombres de Estado y mujeres de teatro, millonarios, actrices y escritores, á quienes cirujanos ambiciosos han sometido á operaciones graves con el único fin de meter ruido y conquistar aplausos ó celebridad.

He visto á médicos de fama asociarse á los grandes charlatanes, dejar á éstos la tarea de atraer la clientela con pomposos anuncios y reclamos, permitirles que engañen á los clientes, que á fuerza de mentiras les induzcan á dejarse operar; permitir que les cobren los honorarios más injustos; y ser *ellos*, los cirujanos *titulados* los que operan detrás de bastidores, y comparten después las ganancias con el desvergonzado charlatán.

Conozco profesores *titulados* que se anuncian en grandes cartelones, cual si sus consultorios fuesen panaderías, salones de almoneda ó circos de arrabal; y en los países católicos he visto á médicos notables adornar desde el patio de su casa con santos y con cuadros religiosos, poner en su oficina

Santocristos, imágenes de San Francisco, un altar con el *niño y los pastores* y tener encendida á las horas de consulta una vela bendita de la Candelaria, ó un gran cirio Pascual.

Médicos que concurren siempre á misa de once para que todo el mundo pueda verlos, que se ungen las narices con el agua bendita llena de microbios, se confiesan, comulgan, se dan golpes de pecho y atraen de esta manera más clientela que el Señor de Esquipulas. La Santa de Cabora y Señor San Rafael.

Otros he visto que cuando muere en sus manos algún paciente adinerado *se enternecen*, lloran amargamente, se arrodillan junto á la cama del difunto, sacan del bolsillo un librito de La Valle y rezan con unción el *De Profundis* encomendando á Dios el alma de su cliente.

Las viejas de la casa se conmueven, el efecto es teatral y el éxito completo: puede ya el cristiano Doctor estar seguro de seguir ayudando á bien morir á toda la familia.

Estos y muchos otros episodios de comedia se suelen ver entre profesionales santurrones; pero el colmo del *reclamo*, la última novedad del siglo,

consiste en que los cirujanos eminentes operen sus enfermos ante un público escogido, invitado por medio de tarjetas especiales y en que el cinematógrafo reproduzca las clásicas maniobras del que opera, las sangrientas entrañas del paciente y las diversas fases de la brillante operación.

Creo que á este paso, llegará un día en que no sólo se opere en el hospital y con cinematógrafo, sino en el teatro y con orquesta...

Muchas personas hay que comprenden lo cómico y lo indigno de todas estas prácticas, pero que no se atreven á decirlo, y entre tanto los que no lo comprenden se dejan engañar (1).

(1) Estoy muy lejos de odiar y de insultar injustamente, como el utopista y fanático Tolstoi, á la útil clase médica, clase á la que yo mismo pertenezco; pero veo que los abusos de unos cuantos, que son malos, perjudican la causa de los buenos.

Lo que yo he dicho, muchos hay que lo saben, lo miran, lo comprenden y sin embargo callan y aparentan dejarse engañar.

El vulgo (en medicina todo el que no es un *médico instruído* es vulgo) no se guía más que por apariencias: le basta ver á un hombre serio y estirado, que gasta un tren soberbio y tiene una oficina muy lujosa y adornada con santos, para creer que es un médico muy sabio y un hombre de conciencia: se conforma con títulos y relumbrones y olvida fácilmente que al lado de legítimas reputaciones adquiridas á fuerza de talento, de ciencia y de trabajo, hay muchas elevadas posiciones con-

Como es casi imposible que un médico ilustrado, un hombre instruído, pueda tener las mismas creencias y el mismo fanatismo que una beata vulgar, creo poder afirmar que la mayor parte de los que hacen ostentación de exageradas creencias religiosas, ó son muy ignorantes ó son de mala fe.

Antes de dar un paso decisivo, recuerde usted, señora, todo esto que le he dicho tratando de los médicos, y procure tener, aún más presente, lo que voy á decirle en lo que se refiere á la misma operación.

De cada cien enfermas que se operan, mueren á consecuencia de la enfermedad lo menos treinta, y de cada cien sanas que se operan, mueren á consecuencia de la operación lo menos cinco.

De las que sobreviven, tan sólo diez por ciento

quistadas á fuerza de labia, de intrigas, de servilismo y de bambolla.

El vulgo, nunca ve, ni los médicos publican, sus estadísticas quirúrgico-mortuorias; se fija solamente en los éxitos, ciertos ó inventados, que algunos profesores *titulados* propalan en la misma indigna forma en que lo hacen los charlatanes, y como es natural, las víctimas aumentan y con ellas aumenta el desprestigio de una noble profesión que ejercida por caridad y amor, sería sublime; que ejercida por paga ó por salario, tiene ya mucho de humillante y que en forma de industria, ejercida por infames comediantes, resulta fullería.

quedan enteramente buenas y van perdiendo poco á poco, en el transcurso de dos ó tres años, el instinto sexual.

En un veinte por ciento de las operadas el instinto sexual se exagera hasta adquirir los caracteres de una neurosis peligrosa.

En las demás *se queda como estaba*, pero sufren molestos y variados accidentes, serias perturbaciones del espíritu, rebeldes neuralgias, dolores vagos y un malestar nervioso que agriando su carácter las vuelve hipocondriacas: algunas hasta se han vuelto locas.

Después de esto, bien puede usted señora escoger lo que le agrade, pues aunque no seré yo el cirujano que la opere, no ha de faltar alguno que lo haga.

He sido tan extenso porque quiero hacerle comprender que no se pueden violar impunemente las leyes que presiden las más grandes funciones del humano organismo, ni se puede sustraer del sistema un órgano tan importante como *ése*, sin provocar perturbaciones muy profundas, tanto en el orden físico, cuanto en el moral é intelectual.

Triste, muy triste es decirlo, pero cierto, muy

cierto es que si el hombre nace animal y nada más, la mujer nace hembra y nada más.

Amor, educación, afectos y cariño, deseos, actos, instintos, voliciones y sueños: todo en la vida de la mujer está subalternado á la actividad funcional del órgano que la diferencia y la caracteriza.

La naturaleza, para llegar á la conservación de la especie, único fin que se ha propuesto al especializar las funciones y diferenciar los sexos, ha dotado á la mujer de una víscera cuya misión es perpetuar la vida, reproduciendo el individuo.

En la mujer todo lo que no es maternidad, es accesorio: el sistema nervioso, el muscular, el digestivo; las elevadas funciones de su cerebro, los inexplicables arranques de su instinto, los rasgos más sublimes de su sobrehumana abnegación, la estructura de sus glándulas, la suavidad de su piel y la belleza de sus formas: todo esto constituye no más que el armonioso conjunto de adecuados medios para llegar á un solo y alto fin: á la maternidad.

El amor maternal indispensable para la conservación de la especie, tiene que ser muy superior

á todos los afectos, á todas las pasiones, á todos los hábitos y á todos los instintos; sobreponerse á todos los obstáculos y regir como absoluto soberano todos los actos de la vida femenina.

Yo, señora, profeso en parte las doctrinas de Fourier; creo á la mujer tan libre para amar, como creo al hombre.

Amar no es un pecado, amar es un deber.

Olvide usted al hombre que ha llegado á ser indigno de llamarse su esposo; pero no sacrifique su existencia.

Hay hombres que son dignos, que son buenos, y al lado de uno de ellos podrá vivir feliz.

Si quiere usted ser libre, no se case; pero no se esterilice.

Para amar no es preciso ser esclava.

Casada ó sin casar su misión de mujer es tener hijos.

Para usted misma, vale la dicha más que el sacrificio.

Para su patria, mucho más que mujer, valdría ser madre.

Para el mundo le basta con ser rica.

Para la humanidad, para la especie, vale más el

amor libre y fecundo que la virtuosa castidad estéril.

Ame usted, haga el bien, *la vida es breve*, procure ser feliz, sea madre, y si no puede, al menos *sea mujer*.

Cuando María salió del consultorio se sintió reanimada, tenía mucha razón el cirujano, ella era una cobarde, cuando menos, *debía de ser mujer*.

Hay, pensó, entre este sabio y D. Alfonso, una lógica y explicable semejanza de lenguaje y de ideas, pero media entre ambos una inmensa distancia:

Éste es un hombre honrado, de ciencia y de talento.

Aquél era un altruísta de genio y corazón.

VII

EL MOTÍN